

Escenas Montañesas

OBRAS COMPLETAS
DE
D. JOSÉ M. DE PEREDA
DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA
TOMO V
ESCENAS MONTAÑESAS
MADRID
1919
ADVERTENCIA

Ha llegado el momento de realizar el propósito anunciado en la que se stampa en el tomo I de esta colección de mis

OBRAS;

y le realizo incluyendo en el presente volumen los cuadros

Un marino, Los bailes campesinos

y

El fin de una raza,

desglosados, con este objeto, de libro rotulado

ESBOZOS Y RASGUÑOS,

en el cual aparecerán, en cambio y en su día

, Las visitas y ¡Cómo se miente!,

que hasta ahora han formado parte de las

ESCENAS MONTAÑESAS.

Por lo que toca á

La primera declaración

y

Los pastorcillos,

si algún lector tiene el mal gusto de echar de menos estos capítulos en cualquiera de los dos libros,

entienda que he resuelto darles eterna sepultura en el fondo de mis cartapacios, y ¡ojalá pudiera también

borrarlos de la memoria de cuantos los han conocido en las anteriores ediciones de las

ESCENAS!

Con este traspase, merced al cual ganan algo indudablemente ambas obras en unidad de pensamiento y en entonación de colorido, se hace indispensable la supresión del prólogo de mi insigne padrino literario, Trueba, el cual prólogo es un análisis de las

ESCENAS,

cuadro por cuadro, y en el orden mismo en que se publicaron en la primera edición; y suprimido este

prólogo, claro es que debe suprimirse también el mío, que le precede en la edición de Santander y no

contiene otro interés para los lectores que el engarce de unos párrafos de Menéndez y Pelayo, en los cuales se ventila á la ligera una cuestión de arte que el mismo ilustre escritor trata con la extensión debida en el estudio que va al frente del tomo I de estas OBRAS.

Y con esto, y con añadir que todos los cuadros de este libro que no lleven su fecha al pie, ó alguna advertencia que indique lo contrario, son de la edición de 1864, queda advertido cuanto tenía que advertir al público en este lugar su muy atento y obligado amigo

J.M. DE PEREDA.
Septiembre de 1885.
SANTANDER
(ANTAÑO Y OGAÑO)

I

Las plantas del Norte se marchitan con el sol de los trópicos.
La esclavizada raza de Mahoma se asfixia bajo el peso de la libertad europea.
El sencillo aldeano de nuestros campos, tan risueño y expansivo entre los suyos, enmudece y se apena en medio del bullicio de la ciudad.

Todo lo cual no nos priva de ensalzar las ventajas que tienen los
Cármenes
de Granada sobre las estepas de Rusia, ni de empeñarnos en que usen tirillas y fraque las kabilas de Anghera, y en que dejen sustardas yuntas por las veloces locomotoras nuestros patriarcales campesinos....

Pero sí me autoriza un tanto para reirme de esas largas disertaciones encaminadas á demostrar que los nietos de Caín no supieron lo que era felicidad hasta que vinieron los fósforos al mundo, ó, mejor dicho, los fosforeros, ó como si dijéramos, los hombres de ogaño.

Y me río muy descuidado de la desdeñosa compasión con que hoy se mira á los tiempos de nuestros padres, porque éstos, en los suyos, también serían de los de nuestros abuelos, que, asimismo, se rieron de los de sus antepasados; del mismo modo que nuestros hijos se reirán mañana de nosotros; porque, como es público y notorio, las generaciones, desde Adán, se vienen riendo las unas de las otras.

Quién hasta hoy se haya reído con más razón, es lo que aún no se ha podido averiguar y es probable que no se averigüe hasta que ría el último; pero que cada generación cree tener más derechos que ninguna otra para reirse de todas las demás, es evidente.

He dicho que el hombre se ríe de cuanto le ha antecedido en el mundo; y he dicho mal: también se ríe de lo que le sigue mientras le quedan mandíbulas que batir.

Resultado: que el hombre no halla bueno y tolerable sino aquello en que él toma parte, ó en que la toman los de su lechigada. Mientras es actor en los sucesos del siglo en que nace, todo va bien; pero desde el momento en que, gastado el eje de su vida, se constituye en mero espectador, nada es de su agrado.—Abrid la historia de las pasadas sociedades; leed al filósofo crítico más reverendo, y le veréis mientras se jacta de haber dado ensanche al patrimonio ruin de la inteligencia que heredó de sus mayores, lamentarse de los locos extravíos de la desus hijos.

Y cuando á los nuestros entreguemos mañana el imperio del mundo, palparemos más evidente esta verdad. Una vez apoderados ellos del cetro, veréis lo que tarda nuestra generación, entonces caduca é impotente, en llamarlos dementes y desatentados; casi tan poco como en que ellos nos miren con lástima, y, alumbrados por el sol de la electricidad, se rían á nuestras encanecidas barbas de los resoplidos del vapor de nuestras locomotoras.

Y esto ¿qué significa?

Que la humanidad siempre es la misma bajo los distintos disfraces con que se va presentando en cada siglo. Y si el lector al llegar aquí, y en uso de su derecho, me pregunta á qué conducen las anteriores perogrullas reflexiones, le diré que ellas son lo único que saqué en limpio de mi última sesión con mi buen amigo don Pelegrín.

Don Pelegrín Tarín es un señor fechado aún más allá de la última decenadel siglo XVIII, uno de esos hombres cuyo conocimiento se hace en elcafé con motivo de una jugada á las damas, ó la duda de una fecha, ó elrelato de un episodio de la guerra de la Independencia; un señor chapadoy claveteado á la antigua, y en cuyo ropaje y fachada se puede estudiarla historia civil y política de su tiempo, del mismo modo que sobre unmurallón cubierto de grietas y de musgo se estudia el carácter de laépoca en que se construyó ... y no sé cuántas cosas más, según es fama.

La verdad es, sin que importe el cómo, que don Pelegrín se hizo amigomío, y que raro es el día en que no me echa un párrafo de historiaantigua, apenas entro en el café, su morada habitual desde las tres dela tarde hasta las ocho de la noche, y me siento en mi rincónpreferido... Y ahora recuerdo que la coincidencia de buscar los dos elángulo más apartado, á la vez que el sofá más mullido del café, dióorigen á nuestro conocimiento.

Comenzó el buen señor por aburrirme muchas veces, hablándome de laguerra del francés

, como él dice, y del Duque de Wellington. Hablábametambién á cada paso de la política del Rey y de los puntales del Tesoro,del pingüe resultado de los

gremios

... y qué sé yo de cuántas cosasmás; y haciendo sus aplicaciones á las modernas doctrinas y al presentesistema administrativo, sacaba las consecuencias que le daba la gana,porque yo á todo atendía menos á contradecirle. Pero comenzó un día áhablarme del Santander de sus tiempos y de las costumbres de sujuventud, y sin darme cuenta de lo que me sucedía, halléme con que meiba interesando el viejo don Pelegrín. ¿Y cómo no interesarme si es lamejor crónica del pueblo, la única tal vez que nos queda? Desde entoncesestreché más mi trato con él, y di en agobiarle á preguntas. Pero elbendito señor, sea efecto de sus años ó de su carácter vehemente, tienela costumbre de comentar todo lo que dice y de meterse á filosofar y áhacer digresiones sobre la cosa más trivial; de suerte que nunca pudeobtener un cuadro exacto y bien detallado del Santander de antaño, talcomo yo le quería para dársele á mis lectores, seguro de que me leagradecerían como una curiosidad. Lo más acabado que salió de sudescriptivo-crítico ingenio, es lo que ustedes van á leer (si tantahonra quieren dispensarme).

Malo ó bueno, ello es de la propiedad de don Pelegrín, y en él declinomi responsabilidad....

II

Después de un vago preámbulo, exclamó así el buen señor:

—Mire usted, amigo mío: yo no estoy literalmente reñido con esabatahola infernal, con ese movimiento que forma hoy la base de lasociedad en que ustedes viven, no señor: comprendo perfectamente todo loque vale y el caudal inmenso de ilustración que representa; pero esto nopuede satisfacer las humildes ambiciones de un hombre de mis años.Desengáñese usted, yo no puedo menos de recordar con entusiasmo aquellascostumbres rancias, tan ridiculizadas por los modernos reformistas:ellas me nutrieron, entre ellas crecí y á ellas debo lo poco que valgo yel fundamento de esta familia que hoy me rodea, y, aunque montada á lamoderna, respeta mis manías

, como ustedes dicen, y me permite vivircincuenta años más atrás que ella. No tengo inconveniente en decirlo:mis vigiliass, mis anhelos, todos mis afanes materiales han sido y aunson para mis hijos; pero lo demás... ¡Ah!; lo demás, incluso el traje,como usted está viendo, todo lo rindo en honor de aquellos felicestiempos de mi juventud.

Dicho lo cual sin resollar y con visible emoción, don Pelegrín, como decostumbre, disertó sobre la sencillez de las costumbres de sus tiempos,afanándose por convencerme de que eran mucho más recomendables que lasnuestras, con la cual intención, asegurándome que la historia de loshombres de entonces, socialmente considerados, era,

plus minusve

, unamisma en cada categoría, trazóme de la suya lo que

ad pedem literae

voy á copiar:

—Á los diez y siete años—dijo—había terminado yo la escuela; sabíalas cuentas hasta la de cuartos-reales, y tenía una forma de letra que, como decía mi maestro, se escapaba del papel. Á los diez y ocho entré con los Padres Escolapios á estudiar latín; á los veintitrés eratodo un filósofo apto para emprender cualquier carrera literaria.

Mi señor padre (que Dios haya), fundándose en que ya había en la familia un fraile, un guardia y un empleado en las Covachuelas de Madrid, se empeñó en que yo fuese jurisconsulto, por lo cual había escrito á Salamanca, un año antes de terminar yo la filosofía, en demanda de hospedaje y de recua que me condujese, en retorno de una de sus expediciones semestrales de garbanzos, juntamente con los otros dos estudiantes que, según se murmuraba por el pueblo, debían marchar también con igual destino que yo.... ¡Me parece que fué ayer cuando, por primera vez en mi vida, salí á correr el mundo!...

En el mesón del Monje

, que estaba al principio de la calle de San Francisco, monté sobre un macho cargado de azúcar y campeche; después de haber recibido la bendición de mi señor padre que me contemplaba con sereno rostro, aunque con el alma acojonada por la idea de separarse de mí. También estaban allí los padres de mis dos compañeros de expedición, los amigos de todos ellos y los curiosos que nos habían visto confesar el día antes; medio pueblo, amigo mío, nos rodeaba en el mesón; medio pueblo que nos siguió hasta el Cristo de Bebedo, que estaba en el lugar que después ocupó el Peso público, y últimamente esa gran casa que llaman también del Peso. Allí rezamos un

Credo

, prostrados todos de hinojos; eché algunos cuartos en el cepillo del santuario, volví á montar sobre el macho, y con un «buen viaje» de todos y una mirada de mi señor padre que hizo brotar las lágrimas de mis ojos, partimos mis dos amigos y yo para Salamanca, adonde llegamos sanos y salvos, después de mil divertidos episodios, que tal vez le cuente en otra ocasión, á los diez y nueve días, ocho horas y catorce minutos.

—¿Es posible—dije interrumpiendo á don Pelegrín—que sólo tres estudiantes salieran de Santander en un año?

—Y era mucho salir—me contestó en tono enfático.—Repare usted que estaba carilla la carrera de letrado. Solamente el arriero costaba al pie de quince duros aunque era de su obligación mantenernos á su costa durante el viaje; y la estancia anual en Salamanca no nos bajaba á cada uno, con ropa limpia y derechos de Universidad, de mil quinientos á dos mil reales.

—¡Cáspita!—exclamé yo muy serio, acordándome de lo que había gastado en los tres días del último carnaval de mi vida de estudiante.—¡Ahí era un grano de anís!... Pero no sabía yo, don Pelegrín, que fuese usted abogado.

—Y no lo soy, ¡ca!...; porque verá usted lo que pasó. En las primeras vacaciones que me dieron, y en recompensa de la buena censura que obtuve del sinodal en el examen, me permitió mi señor padre que hiciese un viaje de recreo adonde más me acomodase y por todo el tiempo que me pareciese prudente. Entonces estaba muy de moda entre los jóvenes estudiantes de aquí, irse á San Juan de Luz y á Bilbao, con motivo de unos célebres partidos de pelota que había á cada paso entre vascongados y bayoneses. Yo elegí el último punto por la comodidad con que entonces se hacía el viaje; pues había un paquete

quincenal entre aquel puerto y éste; un quechemarín que se ponía junto á la botica del doctor Cuesta.... ¿Se admira usted? Es que entonces ni existía la plaza de la Verdura, ni en su existencia se pensaba, porque llegaba la marea muy cerca del Arco de la Reina. Pues, señor, tomé pasaje en el quechemarín, cuyo capitán era conocido de mi padre; y en la confianza de que tardaríamos día y medio en llegar, como era costumbre del barco, según decían, y por eso se llamaba el Rápido

, hicimos á la mar. Pero dió en soplar un vientecillo del Nordeste apenas montamos el cabo Quejo, que nos echó sobre Llanes cuando pensábamos alcanzar á Portugalete. Allí searmó un zipzape del Noroeste con tal cerrazón y tales celliscas, que al cuarto día amanecimos mar adentro y sin ver una

pizca de tierra. El capitán, según entonces nos confesó, nunca había navegado más que por la costa de Vizcaya, ni conocía la altura en que nos hallábamos, ni, lo que era peor, el modo de averiguarlo: así fue que, encomendándonos a Dios, pusimos la popa al viento, trincamos el timón, y a los siete días de tormenta nos colamos de noche en un boquete que al capitán se le antojó Santoña; mas al preguntar, cuando amaneció, al patrón de un patache que teníamos al costado, en dónde nos hallábamos, supimos que en Castropol. Para abreviar, amigo mío: a los diez y siete días de nuestra salida de Santander volvimos a fondear en las Atarazanas, después de habernos equivocado en todos los puertos de la costa, y sin poder tropezar con el que íbamos buscando. A mi familia, que en todo ese tiempo no tuvo noticias mías, figúrese usted que entrañas se le habrían puesto: por lo que hace a mi padre, juró que en su vida me volvería a separar de sulado, y así sucedió.—Ahora comprenderá usted por qué abandoné la carrera.

Veinticinco años había cumplido cuando entré en una de las pocas casas de comercio que había en Santander, con ánimo de instruirme en el ramo para poder bandearme después por mi cuenta. ¡Qué vida aquella, cuando diferente de la de ustedes ... y qué placentera, sin embargo! Y eso que no teníamos bailes de campo en el verano, ni fondas en el Sardinero, ni trenes de recreo, como ahora. No habíamos de los días de labor, porque en éstos se daba por muy contento el que de nosotros sacaba permiso para ayudar una misa en Consolación o para cantar un responso con los Padres de San Francisco; pero llegaba el domingo, ¡válgame Dios!, y ya no nos cabía en el pueblo tan pronto como se acababa el Rosario de la Orden Tercera, durante el que (Dios me lo perdone) nunca faltaba un ratoncito que soltar entre los devotos, o alguna divisa que poner en la coleta de algún currutaco. ¿Ve usted esas casas primeras de la Cuesta del Hospital? Pues en su lugar había un prado que cogía parte de la plaza de San Francisco. Allí jugábamos al

jito

, y a la

catona

, hasta sudarla gota de medio adarme; también jugábamos a las

guerrillas

y al

rodrigón

, juegos muy en uso entonces que los había traído un salmista de Cervatos, emigrado por cierto pique que tuvo con un prebendado de aquella Colegial. Otras veces nos íbamos a echar cometas al Molino de Viento, o a chichonar grilleras a los prados de Viñas, según las estaciones del año, o a saltar las huertas de San José, que a todo hacíamos, como jóvenes que éramos.... Yo, sobre todo, con este genio tan francote y acomodado que Dios me dió, gozaba con todo mi corazón. Tenía dos amigos en la calle de San Francisco que parecían nacidos para mí. El uno tocaba el pífano y el otro el rabel, entrambos de afición; pero ¡qué tocar!... Yo también era aficionadillo a la música, y punteaba en la guitarra un baile estirio y dos minuets. Pues, señor, nos poníamos los tres al anochecer de los domingos del verano, después de nuestra partida

jito

, a la puerta del balcón, y dale que le das a los instrumentos, llegábamos a reunir en la calle una romería. Personas de todas edades y condiciones, cuanta gente volvía de pasear o de la novena, se plantaba al pie del balcón hasta que nosotros nos retirábamos.... Y vea usted, qué demonio: en cuanto llegó a hacerse de moda en aquella calle la reunión del pueblo, nos prohibió tocar el señor Corregidor. Yo no sé qué se corría entonces por la ciudad sobre francmasonería. La guerra del francés había dejado a las gentes muy recelosas y asombradizas, y la nota de

afrancesado

todavía quitaba el sueño a más de cuatro españoles. Lo cierto es que por entonces comenzaron a gastar

los elegantes el

pequé

sobre el

sortut

, y las madamitas la

escofieta

con sus

airones

de á media vara; también se introdujeron en la mesa lasopa á la
ubada
, el principio de
pulpitón
y el postre de
compota

,que de allí data el que ustedes usan...; en fin, que las señas eran fatales; que se temía una logia á cada vuelta de esquina, y que creímos muy natural la prohibición del señor Corregidor, que temblaba, como élnos dijo, toda reunión que pasara de tres individuos.

III

—Pues, señor, volviendo al asunto, y en la imposibilidad de referir punto por punto toda la historia de mi juventud, porque no acabaríamos hoy, le diré á usted que á los cinco años de mi práctica de comerciante, habiendo conocido perfectamente el manejo de los negocios y á una joven vecina de mi principal, monté de cuenta propia un establecimiento de géneros de refino, y me casé el día mismo en que cumplía treinta y unaños; cosa que me costó mis trabajos, porque los once meses de Salamanca me habían procurado una reputación de calavera de todos los demonios.—Casado ya, mi vida tomó un giro enteramente diverso del de hasta entonces. Desde luego fuí nombrado síndico del gremio de zapateros, procurador municipal de dos pueblos agregados á este ayuntamiento, vocal perpetuo de una junta de parroquia, tesorero de la Milicia Cristiana y asesor jurado de una comisión calificadora para los delitos de sospecha de traición á la causa del Rey. Con todos estos cargos me puse en roce con las personas más importantes de la ciudad y me dieron entrada en palacio

, que era todo mi anhelo ya mucho tiempo hacía, porque Su Ilustrísima era hombre de gran eco entre las gentonas de Madrid, y lo que por su conducto se averiguaba en Santander, no había que preguntar si era el Evangelio. Tenía Su Ilustrísima tertulia diaria de ocho á nueve de la noche, y la formábamos un médico muy famoso por sus chistes, que hablaba latín como agua

; el P. Prior de San Francisco, hombre sentencioso y de gran consejo; un abogado del Rey, caballero de Carlos III; mi humildísima persona, y un Intendente de rentas, hombre de bien, si los había, temeroso de Dios como ninguno, servicial y placentero que no había más que pedir... Por cierto que murió años después en Cádiz, de una disentería cuando el sitio de los franceses. Éstas eran las personas constantes alrededor de Su Ilustrísima; además había otras muchas que alternaban cuando les parecía oportuno.—Para que usted se forme una idea del carácter del bendito señor Intendente, voy á referirle un suceso digno, por otra parte, de que se imprimiese en letras de oro.

Presentóse una noche en la tertulia algo más tarde de lo acostumbrado y con aire de hondo disgusto en su fisonomía. Tratamos de averiguar la causa, y después de mil ruegos, hasta del señor Obispo que le queríamos mucho, pudimos arrancarle estas palabras:—«Señores, tenemos comediantes en la ciudad»; palabras que hicieron en la tertulia una impresión desagradabilísima, porque faltaban diez y siete días para la cuaresma, y el pueblo, con la guerra y con las ideas locas que se iban apoderando de la gente, más que comedias necesitaba sermones. Pues, señor, trató seriamente sobre el particular, y se autorizó al fin al Intendente para que él lo arreglara á su antojo. Y, efectivamente, al otro día se presentó al director de la compañía, que ya había arrendado una bodega en la calle de las Naranjas, diciéndole que era preciso que á todo trance saliese de Santander.—El pobre hombre se quedó hecho una estatua al oír la proposición.—«Señor, le dijo, mire V.S. que vengo desde más allá de Becerrilejo; que traigo ocho de familia y cuatro caballerías para ellos y para los equipajes; que he pagado adelantado el alquiler de la bodega, y he gastado mucho en colocar la tramoya que V.S. está viendo. Si me marcho sin dar media docena de funciones, me pierdo para toda la vida.—¿Cuánto pueden valerle á usted las seis funciones?», le preguntó el Intendente.—Yo cuento, señor, con que no baje de quinientos reales después de pagar la bodega, las luces y los dos tamborileros que han de tocar durante los intermedios.—Pues ahí van mil, contestó el bendito señor, dándole un cartucho de monedas que ya llevaba preparado al efecto; pero es preciso que ahora mismo desaloje usted el local, y sin perder un solo minuto salga con su gente de Santander.» El comediante vió el cielo abierto, hizo lo que deseaba el Intendente, y, sin salir éste de la bodega, se desarmó la tramoya, secargaron las caballerías, montaron los comediantes... y nadie volvió á acordarse de ellos. ¿Pero usted

creo que cuando el Intendente, lleno dejúbilo, entró por la noche en la tertulia, hallábamos medio de hacerletomar la parte que nos correspondía de los mil reales? ¡Que si quieres!Fué preciso que Su Ilustrísima se lo suplicara con mucho empeño.—«Hehecho una obra buena, decía; ¿qué mejor aplicación he podido dar á esaparte del caudal que el Señor me ha confiado?...» Le digo á usted queera todo un bendito de Dios el señor Intendente.

Reíme de veras con el sucedido de los comediantes.

—¿Es posible—dije á don Pelegrín—que tal idea se tuviese entreustedes del teatro?; ¿que así le tomasen como foco de desmoralización?

—¿Y qué le diré yo á usted?—me contestó:—entre nosotros no faltabaquien dijera, como ustedes hoy, que era, más que escuela de vicios,cátedra de moralidad; pero, sin embargo, yo opinaba mejor (y cuidado que no soy fanático) con el padre Prior que decía, cuando de ello lehablaban: «Podrán los devotos del teatro asistir á él como á una cátedrade virtudes; pero lo cierto es que en ninguna parte se predica más moraly más clara que en el púlpito, y si se pusiera la entrada á dos cuartos,tal vez ni los monaguillos nos escucharan.» De todos modos, el pueblo noechaba en falta esos pasatiempos: ¿á qué empeñarnos en dárselos cuando,por lo menos, le habían de crear una nueva necesidad?

—Según ese sistema—repuse,—aún estaríamos como el indio Caupolicán.Sepa usted, don Pelegrín, que es un deber para el nombre adoptar todoaquello que puede dar ensanche á su inteligencia. Los progresosmateriales....

—Ya pareció el peine—me interrumpió con cierto despecho;—¡como sihasta que ustedes vinieron al mundo no supiera el hombre lo que eradignidad!

—No se ofenda usted, don Pelegrín, y óigame con calma. En todos tiemposy en todas épocas ha habido hombres ilustres: no hago al talento ni á ladignidad patrimonio de nuestros días; pero ¿á que en los suyos echabanesos mismos hombres muchas cosas de menos?; ¿á que hallaban un vacío enla sociedad, como si adivinaran algo de la gran revolución que muypronto iba á operarse en las costumbres? Usted mismo....

—¡Qué vacío ni qué calabaza!—exclamó mi viejo amigo, verdaderamentesulfurado, y con unos ademanes que no me dejaban duda de que habíacometido una torpeza en tocarle este resorte, precisamente cuandonecesitaba é iba yo á saber grandes cosas de la tertulia de SuIlustrísima.— Lástima—continuó—me causan ustedes cuando les oigo hablar de esa manera. Ustedes, ustedes son, por el contrario, los quedesean siempre algo

, y este algo es precisamente lo que nosotros teníamos de sobra: la paz del espíritu. Ustedes tienen la sensibilidad encallecida, expuesta al roce de todos los sucesos del siglo en suatropellada marcha; el alma rendida de vagar por un espacio enmarañado y de atmósfera pestilente, y las ideas revolviéndose en una órbitainsegura y desequilibrada, que no les permite encariñarse con un objetosin que otro nuevo venga á borrar su huella.

Nosotros, merced á lo que hoy se llama ignorancia, teníamos lasafecciones más limitadas, y con la sensibilidad casi virgen, nospreocupaba el suceso más común en la vida de ustedes; nuestras ilusioneseran pequeñas, es cierto, pero fuertes, y, sobre todo, consoladoras.Nosotros, por lo mismo que ambicionábamos poco, nos satisfacíamos al instante; pero ustedes, cuya ambición no conoce límites, no sesatisfarán jamás. Yo, únicamente, que he pasado por las dos épocas,comprendo cuánta verdad encierra lo que le estoy diciendo: para queusted lo comprendiera del mismo modo, sería preciso que tocase y palpaseaquello cuyo recuerdo le merece tan desdeñosa compasión; es decir, quejunto á este Santander de cuarenta mil almas, con su ferrocarril, consus monumentales muelles, con su ostentoso caserío, con sus cafés,casinos, paseos, salones, periódicos, fondas y bazares de modas,surgiese de pronto la vieja colonia de pescadores, con sus diez milhabitantes y seis casas de comercio provistas de Castilla por medio derecuas, ó de carros de violín

; la vieja Santander sin muelles, sinteatro, sin paseos, sin otro periódico propio ó extraño que la Gaceta

del Gobierno, recibida cada tres días. Era preciso que usted pudieseapreciar vivos estos dos cuadros para que no dudase sobre cuál de elloscernía más el tedio sus negras alas, y que generación vivía mástranquila y más risueña, si la que se cubre con el oropel de la modernasabiduría, ó la cobijada bajo los harapos de nuestra vieja ignorancia.Seguro estoy de que no serían mis contemporáneos los que en

esta exposición presentasen más arrugas en el alma. Por lo demás, amigo mío, pobres teníamos y pobres tienen ustedes; ricos avaros existían junto á ellos, y ricos insaciables existen. Es verdad que á nuestros pobres envilecían los mismos privilegios que hacían odiosos á los ricos; pero ustedes, quemando con la luz que han dado á los primeros las prerrogativas de los segundos y dejando las fortunas como estaban, han hecho pobres orgullosos, y ricos que á ciencia y conciencia son sordos á la voz del infortunio, y ciegos al aspecto de la miseria.... ¡Luzes, ilustración!...; todo estaría bien si á su claridad hallase pan el hambriento y abrigo el que tiritaba de frío; pero, desgraciadamente, la tan decantada luz sólo sirve para hacer más patentes la miseria y la opulencia, y más insoportable para el pobre este eterno contraste.... Siento es una preocupación mía, que lo diga la historia política y social de Europa de algunos años á esta parte. El mismo tiempo hace que le dijeron al hombre desheredado de la fortuna: «no tienes oro, pero tienes derechos que conquistar, que al fin te valdrán oro»; y desde entonces se está rompiendo el bautismo en las calles, detrás de las barricadas, para que se los arrebatase el mismo que le provoca á la lucha; para no dejar de ver, ni por un solo instante en la sociedad, junto á uno que se muere de hambre, otro que revienta de hartazgo. ¿Qué es esto, amigo mío? Pues todo ello ya lo teníamos nosotros sin tanta música ni tanto cacareo de dignidad y de derechos; y aun teníamos más, porque con la misma desigualdad de fortunas, había buena fe en los de arriba y resignación en los de abajo. Resultado: que había paz en los pueblos, alegría en los hogares, y grandes virtudes en el corazón. Ahora, si estas menudencias no valen nada para ustedes, la cuestión cambia de aspecto; y si el destino del hombre sobre la tierra es otro que hacer risueño y apacible el grupo de una familia cobijada al calor del hogar doméstico, confieso sin repugnancia que nuestras patriarcales costumbres fueron un borrón que manchó á la humanidad en los tiempos del llamado obscurantismo.

Aquí don Pelegrín se limpió los labios con su pañuelo, arregló la capa sobre las rodillas, sacó la caja de rapé y tomó un polvo con marcial desenfado. En vano le llamé al orden y le rogué que continuase hablándome de la tertulia de Su Ilustrísima: le había tocado su cuerda más sensible, y, como siempre, se engolfó entre sus rancias memorias: no hallé medio de dirigirle una pregunta sin obtener por respuesta arrafadas como la anterior. En vista de ello, supuse una ocupación urgente, despedíme de él y salí del café, haciendo que me reía de sus lucubraciones, ó, lo que es lo mismo, comentando la sesión en términos iguales ó parecidos á los que han servido de introducción á este bosquejo.

EL RAQUERO

I

Antes que la moderna civilización en forma de locomotora asomara las narices á la puerta de esta capital; cuando el alípedeo genio de la plaza, acostumbrado á vivir, como la péndola de un reloj, entre dos puntos fijos, perdía el tino sacándole de una carreta de bueyes ó de la bodega de un buque mercante; cuando su enlace con las artes y la industria le parecía una utopía, y un sueño el poder que algunos le atribuían de llevar la vida, el movimiento y la riqueza á un páramo desierto y miserable; cuando, desconociendo los tesoros que germinaban bajo su estéril caduceo, los cotizaba con dinero encima, sin reparar que sutiles zahoríes los atisbaban desde extrañas naciones, y que más tarde los habían de explotar con tan pingüe resultado, que con sus residuos había de enriquecerse él; cuando miraba con incrédula sonrisa arrojar pedruscos al fondo de la bahía; cuando, en fin, la aglomeración de estos pedruscos aún no había llegado á la superficie, ni él advertido que se trataba de improvisar un pueblo grande, bello y rico, el Muelle de las Naos, ó como decía y sigue diciendo el vulgo, el Muelle Anaos, era una región de la que se hablaba en el centro de Santander como de Fernando Póo ó del Cabo de Hornos.

Confinado á un extremo de la población y sin objeto ya para las faenas diarias del comercio, era el basurero, digámoslo así, del Muelle nuevo y el cementerio de sus despojos.

Muchos de mis lectores se acordarán, como yo me acuerdo, de su negro y desigual pavimento, de sus edificios que se reducían á cuatro ó cinco fraguas mezquinas y algunas desvencijadas barracas que servían de depósitos de alquitrán y brea; de sus montones de escombros, anclotes, mástiles, maderas de todas especies y jarcía vieja; y, por último, de los seres que respiraban constantemente su atmósfera pegajosa y denegrida siempre con el humo de las carenas.

De nada de esto se habrán olvidado, porque el Muelle de las Naos, efectode su libérrimo gobierno, ha sido siempre, para los hijos de Santander,el teatro de sus proezas infantiles. Allí se corría la cátedra; allí se verificaban nuestros desafíos á trompada suelta ; allí nos familiarizábamos con los peligros de la mar; allí se desgarraban nuestros vestidos; allí quedaba nuestra roñosa moneda, después de jugarla al palmo ó á la rayuela ; allí, en una palabra, nos entregábamos de lleno á las exigencias de la edad, pues el bastón del polizonte nunca pasó de la esquina de la Pescadería; y no sé, en verdad, si porque los vigilantes juzgaban el territorio hecho una balsa de aceite, ó porque, á fuer de prudentes, huían de él. Esta razón es la más probable; y no porque nosotros fuéramos tan bravos que osáramos prender á la justicia: es que sobre ésta y sobre nosotros mismos, medioaclimatados ya á aquella temperatura, estaba el verdadero señor del territorio haciendo siempre de las suyas; el que intervenía en todos nuestros juegos como socio industrial ; el que pagaba, si perdía, con el crédito que nadie le prestaba, pero que, por de pronto, ganaba cuanto jugábamos; el que con sólo un silbido hacía surgir detrás de cada montón de escombros media docena de los suyos, dispuestos á emprenderla con el mismo Goliat; el que era tan indispensable al Muelle de las Naos como las ranas á los pantanos, como á las ruinas las lagartijas; EL RAQUERO, en fin. Éste era el terror de los guindillas, el aluvión de nuestras fiestas, la rana de aquellos pantanos, la lagartija de aquellos escombros; el original del retrato que con permiso de ustedes, voy á intentar con mejor ánimo que colorido.

La palabra raquero viene del verbo raquear ; y éste, á su vez, aunque con enérgica protesta de mi tipo, del latino rapio, is , que significa tomar lo ajeno contra la voluntad de su dueño.

Yo soy de la opinión del raquero: su destino, como escobón debarrendero, es apropiarse cuanto no tenga dueño conocido: si alguna vez se extralimita hasta lo dudoso, ó se apropia lo del vecino, razones habrá que le disculpen; y sobre todo, una golondrina no hace verano.

El raquero de pura raza nace, precisamente, en la calle Alta ó en la del Mar. Su vida es tan escasa de interés como la de cualquier otro ser, hasta que sabe correr como una ardilla: entonces deja el materno hogar por el Muelle de las Naos, y el nombre de pila por el gráfico mote con que le confirman sus compañeros; mote que, fundado en algún hecho culminante de su vida, tiene que adoptar á puñetazos, si á lógicos argumentos se resisten. Lo mismo hicieron sus padres y los vecinos de sus padres. En aquellos barrios todos son paganos, á juzgar por los santos de sus nombres.

II

Cafetera , para servir á ustedes, era el de mi personaje.

Cafetera , en el diccionario callealero, es sinónimo de borrachera, una de las cuales tomó aquél, cuando apenas sabía andar, á caballo sobre una pipa de aguardiente, de cuyas entrañas extrajo el líquido con un apaja.

Cafetera nació en la calle Alta, del legítimo matrimonio del tío

Magano
y de la tía
Carpa

, pescador el uno y sardinera la otra. Yaustedes ven que, para raquero, no podía tener más blasonada ejecutoria.

Su infancia rodó tranquila por todos los escalones, portales y basurerosde la vecindad.

No hay contusión, descalabro ni tizne que su cuerpo no conocieraprácticamente; pero jamás en él hicieron mella el sarampión, laalfombrilla, la grippe, la escarlata ni cuantas plagas afligen á laculta infantil humanidad. Solamente la sarna y las viruelas pudieronvencer aquel pellejo: con la primera perdió la mitad de los cabellos;con las segundas ganó los innúmeros relieves de su cara.

Pero así y todo, le querían en su casa; tanto, que no había cumplidocuatro años cuando la tía Carpa le metió, de medio cuerpo abajo, en unapernera de los calzones viejos de su padre, dádiva que, añadida á unacamisa que, también de desecho, le regaló su padrino el tío Rebenque

,llegó á formar un traje de lo más vistoso, y á ser la envidia de suspequeños camaradas, condenados á arrastrar su desnuda piel por lossuelos, mientras su industria no les proporcionase más lujosavestimenta.

Siete años contaría, cuando su madre, conociendo por la chispa de que yase hizo mención y por otras proezas análogas, que era apto para lasfatigas del mundo, comenzó á darle los tres mendrugos diarios de panenvueltos en soplamocos y puntapiés. Cafetera, que no era lerdo,comprendió al punto hasta dónde alcanzaba su privanza y lo que podíaesperar de sus dioses lares; y como, por otra parte, sus libérrimosinstintos se le habían revelado diferentes veces hablando con suscompañeros sobre la vida raqueril, se decidió por el

arte

en el cualhizo su estreno pocos meses después del último mendrugo, que le aplastóla nariz para nunca más enderezársele.

Era un día en que el tío Magano andaba á la mar, y la tía Carpa á venderun carpancho de sardinas.

Cafetera estaba solo en casa, sentado sobre un arcón viejo, único mueblede ella, no contando el catre matrimonial, rascándose la cabeza comoaquel que acaricia una idea de gran transcendencia, y murmurando algunaspalabras, no todas evangélicas, las más de un colorido asaz rabioso.Después de un largo rato así invertido, alzóse de su asiento, corrió latapadera del mismo y sacó media basallona y un arenque, provisioneshechas por su madre para toda la semana y que él dividió en dos partesiguales. Comióse la primera, y guardó la segunda en el pecho de sucamisa de bayeta verde. En seguida dió un par de chupadas á una puntaque halló pegada á la testera del catre, mientras se amarraba con unaescota los enciclopédicos calzones á la cintura; ocultó sus greñas bajola cúspide de un gorro catalán; y, por último, lanzóse calle abajo enbusca de aventuras, osado el continente, alegre la mirada, y tan llenode júbilo como pudiera estarlo, en un caso muy parecido, el famosomanchego, si bien, á la inversa de éste, no se le daba una higa porquela posteridad recordase ó no que ya el rubicundo Apolo extendía susdorados cabellos por la faz de la anchurosa tierra, cuando él, perdiendode vista su casa, comenzó á respirar los corrompidos aires de laDársena.

Llegado al gran teatro de sus futuras operaciones, su primer cuidado fuébuscar á la gente de su calaña, á fin de orientarse mejor.

No tardaron en aparecérsese media docena de raqueros que, por únicabienvendida, le sacudieron tal descarga de coquetazos y de piñas

Thank You for previewing this eBook

You can read the full version of this eBook in different formats:

- HTML (Free /Available to everyone)
- PDF / TXT (Available to V.I.P. members. Free Standard members can access up to 5 PDF/TXT eBooks per month each month)
- Epub & Mobipocket (Exclusive to V.I.P. members)

To download this full book, simply select the format you desire below

